

Sancho Urdueta

“Cantaclaro” el nuevo libro de Rómulo Gallegos



Historia y poema de la vida de uno de los cantadores del llano de Venezuela, tan errabundo como sus coplas, es el nuevo libro del gran escritor. La Editorial Araluce lo presenta en un volumen correcto y sobrio.

Menos llena de peripecias que «Doña Bárbara», la cual puso el nombre de Gallegos en primerísimo término de la literatura de América, esta novela la supera por su uniformidad y armonía, por el timbre firme y suave que va desde la primera hasta la última página de «Cantaclaro». Novela de técnica superior, de esbelta arquitectura. Tersos contornos los suyos, que no impiden que en las entrañas del libro—las de esa tierra venezolana, fascinante para los que recuenden su «Guerra a Muerte» con su Boves y su Bolívar, y toda su historia trágica—se asomen las poderosas psicologías de los pobladores del llano.

«La sabana arranca del pie de la cordillera andina, se extiende anchurosa, en silencio acompaña el curso

pausado de los grandes ríos solitarios que se deslizan hacia el Orinoco, salta al otro lado de éste y en tristes planicies sembradas de rocas errátiles languidece y se entrega a la selva. Pero quien dice la sabana dice el caballo y la copla. La copla errante. Todos los caminos la oyeron pasar. ¡Y mire que hay caminos en el llano! Allá va por delante de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos y a veces se queda en cueros de tonada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuesta. Allí entona galerones y corridos al son del arpa y las maracas. Aquí llega, rasgueando el cuatro a porfía de los cantadores alardosos:

Desde el llano adentro vengo
Tramoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado
¿Quién se atreve a replicar?

Desde las galeras del Guárico hasta el fondo del Apure, desde el pie de los Andes hasta el Orinoco ¡y más allá!, por todos esos llanos de bancos y palmeras, mesas y morichales, cuando se oye cantar una copla que exprese bien los sentidos llaneros, inmediatamente se afirma: Esa es de Cantaclaro... Pero el llano es ancho, inmenso, y de los Cantaclaros ya se ha perdido la cuenta».

X ahí viene la leyenda del llanero poeta y tarambana, revendedor de ganados más por pretexto de aventura

que por oficio, parte del llano que es sol y mil caminos solitarios, libertad y peligro. «Esta vez se llamaba Florentino y él se añadía Quitapesares». Juglar y enamorado, recorre la sabana de punta a punta para beberle su poesía y tirarla después en coplas semilleras que germinan en el viento del llano y florecen en todos los labios, y para robarle sus muchachas bonitas y llevárselas en la remonta, siempre lista para los «porsiacasos».

Todo el heroísmo de la raza buena que ama, sufre y espera, lo recoge Cantaclaro en sus coplas. Y así va el rapsoda recogiendo y creando la mitología de la sabana ilímite, terminando el trazo de los Hércules y los Teseos que bullen en las mentes fantásticas e ingenuas de los llaneros y que se llaman, entre muchos otros, el General José Antonio Páez,—el héroe fabuloso de las Queseras del Medio—y Juan Parao, el glorioso negro pata-en-el-suelo, emulador candoroso de los blancos de la Iliada,

«El del caballo jerrao
con el casquillo al revés».

Panorama fantástico en acción sobre una raza sensitiva: «los versos están en las cosas de la sabana. Tu te le quedas mirando y ella te los va diciendo», opina el juglar. Peleas líricas y sangrientas con los rivales, a cuyo desafío se acude para empezar con el arpa y las maracas y terminar a golpes de lanza o tiros de pistola, con esa impavidez típica del hombre rural de América —el americano verdad—ante la muerte:

«De lanza e cacho e ganao
según y como barruntas,
o de punta de costao
siempre se muere de puntas»,

canto poco menos fatalista que nuestro decir mexicano —México: suma y compendio de fatalismos indios be-reberes—de que «no habíamos de morir de parto ni de cornada de burro». Cuentos de los espantos que pueblan el llano, fantasías del llanero ignorante, imaginativo y palúdico: la mujercita rezandera que llaman el Anima Sola, errante en el boquerón de Banco Largo; una de las Lloronas continentales, que se aparece por la Llanura del Término y que «a las diez leguas se le escucha el quejido»; el Bongo del Diablo, que llega y no llega a un punto maldito del Arauca, en los mediodías calurosos; el Blanco, que no admite mujeres en Hato Viejo y recorre la noche llanera en un caballo retinto... Desfile de tipos de acerada psicología, de los cuales Florentino no es el más interesante, sino que sirve al novelista como su descubridor y enlace. Revelación a América,—en suma—la que hace Rómulo Gallegos, revelación de su mitología: el héroe de a caballo, el centauro de grandeza psicológica y grandeza plástica, descuidado por los preciosistas y criollistas que allá nos malnacen, seducidos, boquiabiertos y almiquebrados por una Europa que no entienden y que los desdeña; el héroe, el centauro que es el gaucho en la Argentina, el llanero en Venezuela, el charro en México.

Recogedores de las gestas heroicas de América, interpretadores de las almas desmesuradas de sus hombres, entendedores de nuestra copla y nuestro corrido, los escritores como Gallegos, los americanos ciento por ciento, tienen la gloria de ser los Homeros que comiezan con estas Iliadas y estas Odiseas la gran literatura americana de América.

Humanidad novelada de América la que nos ha dado ya Rómulo Gallegos en sus cuatro novelas: los jóvenes citadinos, ajenos a las tragedias nacionales, apóstatas y cobardes cuando no desorientados y suicidas, que nos presentó en su primera novela, «Reinaldo Solar», cuadro del fracaso de toda una generación de América; el bárbaro vencedor, posible caudillo, sin Dios ni ley, en «La Trepadora»—porque el caudillo en la América es el centauro hecho mandón, resumen y símbolo del Continente por la superior biología y el alma a ratos inmensa y a ratos monstruosa;—la cacia bruja, la dañera, y el letrado masculino, varonil y recto y AMERICANO a pesar de las letras desvirilizantes, en «Doña Bárbara»; el Doctor y General Juan Crisóstomo Payara, «que hubiera querido llegar a la muerte sin mancha de homicidio», según dramáticamente dice, y a quien la vida bárbara y la maldad de otros transforma en justiciero implacable, tipo el más férreo y de más honda psicología americana de cuantos ha pintado Gallegos, y Juan Parao, y Florentino—aventurero de psicología sonriente que ata el llano por las cuatro puntas—en esta armónica obra que es «Cantaclaro».

Pero hay dentro de la literatura de Gallegos algo más que pura literatura, y sin que el arte se vea avasallado por un propósito político: toda ella rezuma revolucionarismo, insurgencia frente a la injusticia feudal de América. En «Cantaclaro» es símbolo de justa venganza Juan el Veguero. «Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelode-guama sobre la greña piojosa... duende de un hombre que tuvo unas vacas y se las robaron: quienes debían protegerlo, y tuvo tres hijos que se los mataron el brujo, la culebra y las fiebres». Víctima de un Jefe Político como hay millones en América, Juan el Veguero se incorporó a la montonera de Juan Parao para «saciar su hambre y su sed de venganza, para morir en seguida, hartado de ella: aquella ruina humana a quien primero sostuvo una inmensa resignación y luego una cólera inmensa». «Lo espiajaron—cuenta la mujeruca loca que presenció el arrasamiento del poblacho y la muerte del coronel Buitrago—y luego uno llamado Juan lo roció con kerosén y le pegó fuego. Uno llamao Juan, que parecía que no podía con su alma y fué el amo del machete que más roznó. Uno y a quien el coronel Buitrago le había quitao unas vacas, allá por los laos del Yagual». «La corneta describe su furia sombría, su ensañamiento terrible y calmoso, el fuego infernal que le brillaba en los ojos, antes de mansa mirada que se echaba sobre las cosas como una bestia pesante y despeada, sus palabras lentas sílaba a sílaba, mientras contemplaba

los descuartizados miembros del coronel Buitrago consumiéndose entre las llamas: *Asina se esté quemando tu alma en las pailas de los quintos infiernos»*.

La obra toda de Gallegos está vigorizada por este impulso justiciero. Es la América entera, aunque el cuadro observado hasta hoy sea Venezuela: lleva su realidad y su poesía, su vigor y su exasperante injusticia social. Lleva dentro el alma del Continente.